

¿ La concertación desconcertada?

Reflexiones sobre su historia y su futuro

Eugenio Ortega R. / Carolina Moreno B.
Compiladores



Patricio Aylwin / Jaime Castillo Velasco / Germán Correa / Carmen Frei

Eduardo Frei / Ricardo Lagos / Arturo Martínez / Sergio Molina

Ricardo Núñez / Fanny Pollarolo / Enrique Silva Cimma / Eugenio Tironi / Carolina Tohá / Gabriel Valdés

Introducción	7
Jaime Castillo Velasco	9
- Una patria para todos (6 de octubre de 1977)	15
Gabriel Valdés	21
- Ahora es cuando (6 de agosto de 1983)	29
- Exigimos democracia (12 de noviembre de 1985)	42
Ricardo Núñez	51
- Manifiesto democrático (agosto de 1983)	59
- Alianza democrática: "Bases del diálogo para un gran acuerdo nacional"	62
Enrique Silva Cimma	69
- Pueblo de Santiago, pueblo de Chile (18 de noviembre de 1983)	76
- Bases de sustentación del régimen democrático (10 de noviembre de 1986)	82
Sergio Molina	97
- Acuerdo nacional para la transición a la plena democracia (25 de agosto de 1985)	105
Carmen Frei	111
Fanny Pollarolo	121
Carolina Tohá	127
Arturo Martínez	135
- Concertación social: Desarrollo, democracia y equidad	143
- Discurso pronunciado por Manuel Bustos Huerta (1 de mayo de 1992)	147
Germán Correa	153
Eugenio Tironi	161
- Declaración Concertación de los partidos políticos por el NO	168

- Programa básico de gobierno	171
Patricio Aylwin	215
- “O la tumba será de los libres o el asilo contra la opresión” (1 de octubre de 1988)	222
- Discurso de s.e. el Presidente de la República, Patricio Aylwin Azócar (12 de marzo de 1990)	226
- “Para que nunca más en Chile...” (4 de marzo de 1991)	232
Eduardo Frei Ruiz-Tagle	239
- Discurso de s.e. el Presidente de la República, Eduardo Frei Ruiz-Tagle (12 de marzo de 1994)	246
Ricardo Lagos	251
- Chile: Los grandes temas y tareas de la reconstrucción (diciembre de 1983)	259
- Discurso del Presidente de la República Ricardo Lagos (12 de marzo de 2000)	272
Anexo:	
- El alma de Chile. Cardenal Raúl Silva Henríquez	279

Discurso de s.e. el Presidente de la República, Don Eduardo Frei Ruiz-Tagle, en la Plaza de la Constitución. 12 de marzo de 1994

Chilenas y chilenos:

Cada vez que concluye un mandato democrático y se inicia otra etapa de vida republicana, los jóvenes, de edad o de esperanza, se preguntan por los sueños, por el amor, en síntesis, por las grandes razones para vivir.

La labor política, en su más noble expresión, busca abrir los espacios y crear las condiciones que faciliten la aspiración básica del ser humano, de buscar una dicha verdadera. Esta finalidad superior de la política se hace más patente en países como los nuestros, en los cuales la acción del Gobierno marca muchas veces, de manera decisiva, el destino de las personas.

Yo soy desde ayer el Presidente de todos los chilenos, y debo anunciar cuál será mi manera de conducir a la comunidad nacional en esta marcha hacia la solidaridad, hacia la justicia y hacia la libertad.

Mi respuesta se inscribe en la historia singular de la Nación chilena. Para responder la pregunta: ¿en qué cimiento fundar el nuevo sentido de nuestra misión?, es indispensable dialogar con nuestros héroes, con nuestros poetas y con nuestros santos.

A mis espaldas está el General O'Higgins, al frente el Ministro Portales y, más allá, junto al mar, el Capitán Prat. Están el Libertador de la Nación, el constructor de la República y el héroe republicano, para recordarnos nuestro acervo de honor, de dignidad, de sacrificio y de impersonalidad del poder.

¿No escuchan ustedes el rumor de las niñas y de los niños del Elqui que invitan a todos los niños del mundo a reinar en la Tierra?

¿No saben ustedes que en todos los idiomas y ciudades del mundo un poeta de la Frontera enseña versos de amor a las mujeres y hombres de todas las razas y culturas?

¿No ven ustedes al Padre Hurtado, que anda por los puentes del Mapocho y recoge a los niños cuyo hogar es la ciudad y la esperanza?

Son muchos nuestros héroes, nuestros poetas y nuestros santos en quienes debemos encontrar la inspiración para dignificar nuestras vidas y la de todos nuestros compatriotas. Son muchos y nos pertenecen a todos.

Chile ha recuperado su común tradición. Somos hijos de una misma aventura histórica y herederos de una misma poderosa voluntad de ser.

Ayer concluyó una etapa en que bajo la conducción patriótica del Presidente Aylwin hemos alcanzado la reconciliación nacional. Ya podemos mirarnos a los ojos y darnos las manos, con paz en nuestros espíritus.

En toda tarea colectiva, el director debe señalar su estilo de conducción. Con mayor razón, un Presidente debe explicitar a sus colaboradores, a los ciudadanos que los apoyan, a sus opositores y aun a los indiferentes, la manera en que entiende el ejercicio del poder.

En primer término, ejerceré la autoridad, es decir, el poder legítimo de carácter democrático. Respetaré y haré respetar el principio de autoridad, la majestad de la ley y la impersonalidad del poder. Por favor, llamo a evitar las confusiones: seré parco en las palabras, pero rotundo en los hechos.



Debo ser aun más nítido en lo relativo a la autoridad. Ejerceré las atribuciones de Presidente en un régimen presidencial de Gobierno, bajo cuyas reglas fui elegido.

Las reformas al régimen político, si las hubiere, tendrán efecto en el futuro. Con todo, debe terminarse la ilusión de disminuir la autoridad. En casi todos los países del mundo la gente reclama más autoridad frente a la fronda de los intereses corporativos, de la partitocracia y de los poderes *de facto* de individuos y de grupos.

Chile necesita, como siempre, una autoridad por encima de las perspectivas individuales y de los intereses de los grupos. Seré Presidente de todos los chilenos y Generalísimo de las FF.AA., como símbolo de la unidad nacional.

En segundo término, en democracia, a la oposición corresponde la doble tarea de concurrir al consenso y de ejercer la crítica. Llamo a los dirigentes de los partidos de oposición a cumplir cabalmente sus responsabilidades. El país necesita tanto su cooperación para construir las políticas del Estado como su fiscalización para corregir los errores y las deficiencias.

Lo s llamo también a preservar un diálogo civilizado, en que prevalezca el respeto mutuo, la amistad cívica y el patriotismo común. Personalmente tengo mi corazón libre de resentimientos y de enconos, abierto a todas las familias espirituales y políticas de nuestra Nación.

Los nuevos tiempos traen nuevas exigencias. Amplias transformaciones en nuestro país y en el mundo ponen a la democracia y al desarrollo frente a un estadio superior de evolución. Estos nuevos tiempos nos obligan a reinventar nuestro estilo de gobierno.

Por eso esta noche, más que referirme a los objetivos concretos de nuestro Programa —ampliamente publicitado y conocido por todos los chilenos en la campaña—, deseo enfatizar el estilo de trabajo que me exigirá a mí mismo y a todos mis colaboradores en el Gobierno.

Quiero que mi Gobierno esté especialmente despierto ante las necesidades e inquietudes de la gente. Las urgencias de la gente deben ser nuestras urgencias. El corazón y la mirada de este Gobierno debe estar en la vida cotidiana de la gente.

No dejemos que las tareas de Gobierno nos encapsulen en oficinas, ni asumamos que la realidad es lo que dice un reducido grupo de personas. Vayamos hacia la comunidad, escuchémosla, no temamos a la crítica, revisemos en el campo de operaciones el funcionamiento de oficinas, escuelas, empresas, hospitales y las variadas formas de la administración. Incorporemos a la comunidad y a los más amplios sectores a participar. Abandonemos cualquier resabio de prácticas sectarias, burocráticas o estatistas y unamos energías en la solución de los problemas reales de cada uno de los chilenos.

En esto seré el primero, e invito a mis colaboradores a tener el mismo estilo. Seré un Presidente en terreno, en permanente campaña, no para conquistar votos, sino para estar al día con las inquietudes de mi país y para dinamizar las acciones del Gobierno.

Otra característica que debe difundirse en toda la Nación, tanto en el Gobierno Central, en los gobiernos regionales y en las comunas, es la del trabajo realizado con dedicación. Esto significa hacer las cosas bien, con diligencia y con especial cuidado por los detalles. Hay que poner fin a la indolencia en todas sus expresiones, desde lo más ínfimo hasta lo más significativo. Ninguna calle con basura, ningún lugar sin embellecer, ningún árbol seco. En el combate contra la apatía incivilizada, corresponden a las autoridades un papel ejemplar.

Quiero que las personas responsables conozcan en detalle la marcha de sus servicios, que sepan sus puntos débiles y que tomen las medidas para corregir las deficiencias. No quiero que el necesario estudio y análisis se convierta en excusa para postergar las decisiones indefinidamente. No quiero una inercia que demore eternamente la ejecución de proyectos que son vitales para las comunidades enteras.

Ustedes muchas veces habrán observado equipos humanos que realizan su trabajo con resultados espléndidos para la comunidad y en cambio otros, con los mismos recursos, simplemente arrastran y acumulan los problemas. Esta diferencia quiero que se acabe. Toda la administración debe convertirse en un mecanismo en funcionamiento que sistemáticamente mejora la calidad de sus operaciones y de sus decisiones.

En la relación de los ciudadanos con la administración quiero pedir una atención de máximo respeto a los ciudadanos, aún más si éstos son los ancianos, los más



pobres, los más débiles o los enfermos. El servicio cotidiano de la administración es la democracia mínima que deben exigir los usuarios, cuya dignidad nace del solo hecho de ser compatriotas.

En esta materia, el trabajo bien realizado es aquel que cuida los detalles, respeta al ciudadano y busca servirlo eficazmente por sobre todo otro propósito.

Nuestro trabajo debe estar caracterizado por la transparencia, sin rincones de escasa visibilidad o totalmente opacos. Trabajemos de cara al país y con franqueza, afrontemos los problemas y no los enterremos, mantengamos nuestro estilo de no ofrecer jamás lo que no podemos cumplir. Esta será nuestra mejor garantía frente a la gente.

Quiero que en mi Gobierno exista un desempeño honesto de la función pública. En nuestra sociedad existe acuerdo en que es absolutamente reprochable que funcionarios públicos profiten o hagan mal uso de recursos que pertenecen a todos los chilenos.

Este consenso necesitamos convertirlo en voluntad de acción. Espero que las autoridades conozcan exactamente qué está ocurriendo en sus respectivos servicios, departamentos y unidades, ya que forma parte de sus responsabilidades.

Como Presidente enfrentaré con el máximo rigor toda acción que pervierta el verdadero sentido del servicio público. En esta materia no quiero complacencias, por difícil que sea enfrentar amargas realidades. Más vale actuar con firmeza hoy, que verse inundado el día de mañana por una práctica nacional de corrupción. Quiero dejar en claro que no cederé a presiones de ningún tipo en orden a detener estas prácticas nefastas: ¡seré un Presidente con mano firme contra la corrupción!

En esta tarea será de gran prevención la práctica de la impersonalidad del poder. Los chilenos deben ser iguales ante la ley en la práctica de todos los días, así en lo grande como en lo pequeño, en el pago de los impuestos como en el pago de las multas de tránsito. Si el poder no es impersonal, estamos construyendo el fundamento de la corrupción, un flagelo que una vez que inicia su obra devastadora concluye con cualquier posibilidad de un "Estado en forma".

El estilo de esta nueva administración proviene de un sentido espiritual de nuestra acción: la lucha contra la pobreza. Este combate, enfrentado al peligro de convertirse en retórica, debe precisarse en su intención.

La lucha contra la pobreza es global. Exige ciencia y tecnología de última generación, pero por sobre todo supone una ética de gran envergadura. Los pobres que nos exigen la acción inmediata son los más pobres de los pobres, diseminados en el campo y en la periferia de nuestras ciudades. Ellos son los castigados de generación en generación.

Hay que devolverles su dignidad, y el precio de esta tarea es un sacrificio perseverante y sistemático. No basta con focalizar los subsidios para eliminar la pobreza; hay que modificar las rutinas, los procedimientos, las urgencias y las políticas.

Llamo a todos los chilenos, muy especialmente a las mujeres y a los jóvenes, a dedicar sus mejores energías para liberar a los pobres de su condición de esclavitud, y en el curso de esa misión superior hacer más nobles sus propias existencias.

Estoy consciente, chilenas y chilenos, de que el estilo expresado es exigente. Los hombres y mujeres que he elegido para acompañarme en esta tarea, fueron elegidos para pensar en el bien de la gente, fueron elegidos para quebrar barreras e inconvenientes y para trabajar sin descanso.

Gobernar es una hermosa tarea, ya que nuestras energías se dirigen a servir a nuestros compatriotas, y ésta es nuestra principal recompensa.

Pienso que he expresado con claridad lo que deseo sea el estilo de mi Gobierno, y en este marco mi equipo contará siempre con mi confianza, apoyo y estímulo en esta larga jornada.

Permítanme también una breve reflexión sobre nuestra relación con la comunidad internacional.

Desde tiempos inmemoriales, los chilenos hemos vivido con mentalidad de isleños. Ahora el mundo es uno solo, y debemos intercambiar productos y servicios con todas las naciones.

De igual manera, nuestra cultura está expuesta a todas las influencias de los centros de poder internacional.

Nuestra Nación ya no puede refugiarse entre la cordillera y el mar. Tenemos necesidades y obligaciones internacionales de carácter insoslayable.

La globalización de la economía nos exige un desempeño eficaz en todos los mercados del planeta, bajo todos los cielos, bajo todas las culturas y bajo todas las lenguas.

El mundo entero fue muy generoso con la Nación chilena en su momento de dolor y dispersión. Hay que retribuir lo recibido, devolviendo de manera acrecentada la solidaridad.

Nuestras obligaciones principales son con América Latina, nuestro barrio en la comunidad universal. Mi gobierno dedicará su mejor energía en acrecentar los lazos con los países de la región. La clave del éxito radica en convertir la diversidad de los pueblos latinoamericanos en unidad de propósitos para acrecentar nuestras economías, perfeccionar nuestras soberanías y tener una voz en la comunidad de las naciones.

Nos llamamos hermanos, y este título vamos a ganarlo en la amistad y en la cooperación mutua.

Compatriotas:

Ser Presidente no es una tarea fácil. Estoy consciente de que como Presidente enfrentaré momentos de decepción, muchas veces sentiré el peso abrumador de grandes decisiones y también la angustia de no poder hacer más.

Para romper la soledad del poder quiero tener especialmente presente los rostros de miles de chilenos que me han acompañado en innumerables jornadas.

Quiero llevar en mi memoria a los campesinos que me han manifestado su esperanza, a los jóvenes que me han hablado de sus sueños, a la humilde dueña de casa que me ha abierto sus puertas. Quiero llevar conmigo la imagen de los trabajadores, que en medio de fábricas y minas me han dicho: "cuente siempre con nuestro apoyo". Esta será la gran fuerza que me acompañará durante estos años y a la cual volveré siempre a nutrirme.

Este pueblo, esta gente, me ha dado un respaldo multitudinario y sistemático. Entré por aquella puerta con el respaldo de una votación abrumadora, he recibido todas las expresiones de apoyo, respaldo y confianza, he oído mi nombre en calles y plazas, he llegado muy alto.

Pero desde esta altura, puedo escuchar la voz de mi padre que hace treinta años recordaba un antiguo proverbio:

"Me alzas en alto y me abandonas al viento".

En esta noche, con profunda humildad, yo les pido: ¡no me dejen solo, acompáñenme siempre al servicio de la Nación!

Muchas gracias. ¡Viva Chile!